

¿Hacia dónde va el

CRECIMIENTO ECONÓMICO?

El optimismo mundial del cambio de siglo es reemplazado por el temor a un estancamiento a largo plazo

Obrero en un andamio cerca de Munich, Alemania.



Nicholas Crafts

PARECE que fue ayer cuando la denominada nueva economía estaba en auge y las expectativas de crecimiento eran optimistas. Hoy, se propaga el temor a un futuro de estancamiento secular, en el cual lo normal es el crecimiento muy lento, especialmente en las economías avanzadas. Aunque es evidente que el optimismo de inicios de siglo era injustificado, también es posible que el pesimismo actual sea excesivo.

Las principales proyecciones de crecimiento a mediano plazo para Estados Unidos y la Unión Europea muestran una marcada desaceleración respecto de las tasas registradas en las décadas previas a la crisis financiera mundial iniciada en 2008 (véase el cuadro). Comparado con el período 1995–2007, se espera que el futuro crecimiento del PIB real per cápita (ajustado por inflación) de Estados Unidos y Europa disminuya a la mitad, o más. En ambos casos, se prevé un grave deterioro del crecimiento de la productividad laboral

(producto por hora trabajada). En comparación con la era dorada de la década de 1950 y 1960, la desaceleración es aún más pronunciada, especialmente en Europa.

El crecimiento más lento en Europa y Estados Unidos tiene repercusiones dispares para las perspectivas de crecimiento de las economías en desarrollo. Es obvio, desde el punto de vista negativo, que comporta una disminución de la demanda de exportaciones de estos países y, por ende, quizá deba reconsiderarse el modelo de desarrollo impulsado por la exportación. La desaceleración también puede reducir la disponibilidad de nuevas tecnologías en todo el mundo. Por otro lado, puede suponer un largo período de tasas de interés reales bajas y la reorientación de los flujos de capital de las economías avanzadas hacia mercados emergentes con oportunidades de inversión más prometedoras. Eso podría significar que continuará el rápido crecimiento convergente y que la participación de estos mercados en el PIB mundial crecerá más velozmente.



Nubes en el horizonte

Las proyecciones de crecimiento a corto plazo, en términos del PIB real per cápita y la productividad (PIB real por hora trabajada), no son alentadoras para Estados Unidos y Europa.

(tasa de crecimiento anual, porcentaje)

	Estados Unidos		UE15	
	PIB real per cápita	PIB real por hora trabajada	PIB real per cápita	PIB real por hora trabajada
1950-73	2,5	2,6	4,0	4,9
1973-95	1,7	1,3	1,9	2,5
1995-2007	2,2	2,2	2,0	1,5
2014-23			1,0	0,8
2016-26	1,0	1,4		

Fuentes: The Conference Board 2016; Havik et al., 2014; y Oficina de Presupuesto del Congreso de Estados Unidos, 2016.

Nota: UE15 son los países miembros de la Unión Europea antes de 2004: Alemania, Austria, Bélgica, Dinamarca, España, Finlandia, Francia, Grecia, Irlanda, Italia, Luxemburgo, Países Bajos, Portugal, el Reino Unido y Suecia. Las cifras posteriores a 2016 son proyecciones.

Predicciones inexactas

No es inusual, por supuesto, que los economistas hagan predicciones inexactas sobre el crecimiento futuro, o que tarden en valorar el alcance de las mejoras de la productividad. Alvin Hansen, padre fundador del concepto de estancamiento secular, es un gran ejemplo de ello. En su discurso presidencial ante la American Economic Association en 1938, dijo que el avance tecnológico era muy insuficiente para generar crecimiento a una tasa que estimulara la inversión y evitara un futuro de desempleo elevado y constante. De hecho, se avecinaban los días dorados del auge económico de posguerra de Estados Unidos. Incluso mientras Hansen exponía sus temores, la economía registraba un crecimiento muy veloz en la productividad total de los factores: la parte del crecimiento no explicada por el aumento de los insumos de capital y mano de obra, y que refleja factores sociales subyacentes como tecnología y eficiencia. Casi medio siglo después, en 1987, en vísperas de la revolución de la tecnología de la información y la comunicación, otro eminente economista estadounidense, Robert M. Solow (véase “Brillantez residual” en el número de marzo de 2011 de *F&D*) lamentaba que “se puede ver la era informática en todas partes, salvo en las estadísticas de productividad”.

El pesimismo actual, reflejado por ejemplo en el resurgimiento de la tesis del estancamiento secular de Hansen (véase “Un futuro poco dinámico” en este número de *F&D*) se basa en las tasas de crecimiento recientes. Para Estados Unidos y Europa, los análisis empíricos muestran que antes de la crisis económica mundial el crecimiento de la productividad mostraba una marcada tendencia descendente. Dicho crecimiento es crucial para aumentar el producto per cápita y el nivel de vida general. Aunque hay razones para creer que algunos beneficios de la tecnología digital no quedan reflejados adecuadamente en el PIB y en otras cuentas de ingreso nacional, los expertos coinciden en que la desaceleración del crecimiento en Estados Unidos no es una ficción estadística sino un fenómeno real, algo más que un síntoma pasajero de la reciente crisis mundial. Esto se debe principalmente a que el producto faltante, es decir, la brecha entre el PIB actual y la previsión de lo que debería ser según

estimaciones anteriores del crecimiento tendencial, es al menos 20 veces mayor que la mayoría de las estimaciones del aumento del bienestar del consumidor que la contabilidad convencional del ingreso nacional no logra identificar. Pero aún hay una luz de esperanza. El precedente de los años de la Gran Depresión, entre 1929 y 1941, cuando el crecimiento de la productividad total de los factores, del 1,9% anual, apuntaló un crecimiento de la productividad laboral del 2,5% anual, muestra que las crisis bancarias graves no impiden necesariamente un rápido aumento de la productividad si el sistema nacional de innovación es pujante.

Las perspectivas de crecimiento del ingreso en Estados Unidos son aún menos prometedoras que las de la productividad laboral. Aunque el crecimiento del PIB real per cápita en los 40 años previos a la reciente crisis mundial superaba el de la productividad laboral, en el futuro puede ocurrir lo contrario. Esta predicción se basa en el envejecimiento poblacional (que suele presagiar una menor productividad), la limitada posibilidad de que más gente ingrese a la fuerza laboral y la sensible desaceleración en la tasa de mejora de la calidad de la mano de obra derivada del nivel educativo.

La innovación es la base del rápido crecimiento de la productividad laboral. Desde la década de 1920 hasta la de 1960, inventos como la electricidad y el motor de combustión interna tuvieron un efecto enorme, pero la característica principal de la economía de Estados Unidos fue el crecimiento generalizado de la productividad derivado de la mejora tecnológica, que incluyó grandes cambios en el trabajo de oficina, el comercio minorista y la mecanización fabril. Recientemente, la tecnología de la información y la comunicación aportó una enorme contribución al crecimiento de la productividad en relativamente poco tiempo, pero no logró igualar el efecto combinado de avances anteriores. De hecho, un mensaje clave del análisis empírico del crecimiento en Estados Unidos es que el efecto del avance tecnológico en la mejora de la productividad no ha desaparecido, pero es ahora mucho más tenue que durante su auge a mediados del siglo XX. Por ejemplo, el aumento de la productividad total de los factores previsto para los próximos 10 años por la Oficina de Presupuesto del Congreso es aproximadamente la mitad del alcanzado en la década de 1930.

El crecimiento de Estados Unidos podría superar las expectativas

No obstante, este tipo de análisis empírico es retrospectivo de por sí. Quizás un enfoque prospectivo ofrezca una visión más optimista de las perspectivas futuras de crecimiento en Estados Unidos. Hay al menos tres razones para creerlo. En primer lugar, dado que la inteligencia artificial avanza rápidamente y los robots podrán reemplazar a los humanos en muchas tareas de bajos salarios, incluidas tareas de servicios que parecían escapar al alcance del avance tecnológico, es posible que la productividad laboral vuelva a aumentar. Si, como sostienen algunas estimaciones, casi el 40% del trabajo puede informatizarse en 20 a 25 años (Frey y Osborne, 2013), esto podría apuntalar una reanudación del crecimiento de la productividad laboral superior al 2% anual. En segundo lugar, el crecimiento de China podría favorecer considerablemente la intensidad del uso de la investigación y el desarrollo en el mundo. Gran Bretaña pasó de ser el principal exportador de nuevas tecnologías en el siglo XIX a depender de la

transferencia de tecnología del resto del mundo, especialmente de Estados Unidos, en el siglo XX. No parece imposible que ocurra una transición similar de roles entre China y Estados Unidos en las próximas décadas. En tercer lugar, la revolución de la tecnología de la información y la comunicación, al reducir el costo de acceso al conocimiento y mejorar sensiblemente el alcance del análisis de datos, piedra fundamental del avance científico, sienta las bases para descubrir nuevas tecnologías útiles. De hecho, se ha producido un avance tecnológico importante en el sector de investigación y desarrollo.

En cambio, para Europa occidental se trata más bien de recuperar el crecimiento convergente, y no del ritmo del avance tecnológico de última generación. Desde mediados del siglo XX hasta la reciente crisis mundial, esta experiencia atravesó tres etapas. La primera, finalizada a inicios de la década de 1970, consistió en un veloz crecimiento convergente, y Europa disminuyó rápidamente la brecha con Estados Unidos, tanto de ingreso como de productividad. En la segunda, desde inicios de la década de 1970 hasta mediados de la década de 1990, el crecimiento europeo se desaceleró sensiblemente y se frenó la convergencia del PIB per cápita real. Esto fue fruto del descenso de las horas trabajadas y el empleo, a pesar del fuerte crecimiento de la productividad laboral y la brecha cada vez más reducida respecto de Estados Unidos en el PIB real por hora trabajada. Pero en la tercera etapa, desde mediados de la década de 1990 hasta la crisis, el crecimiento de la productividad europea no se mantuvo al nivel de Estados Unidos y, en lugar de converger, Europa fue quedando a la zaga. Como resultado, en 2007, el nivel de ingreso de los 15 miembros iniciales de la Unión Europea (la UE15: Alemania, Austria, Bélgica, Dinamarca, España, Finlandia, Francia, Grecia, Irlanda, Italia, Luxemburgo, Países Bajos, Portugal, Suecia, Reino Unido) fue levemente inferior respecto de Estados Unidos que en 1973.

La capacidad social es clave

Las perspectivas de crecimiento en Europa a mediano plazo dependen tanto de la rapidez del crecimiento de la productividad en Estados Unidos como de la posibilidad de reanudar el crecimiento convergente tras una larga pausa. Los historiadores económicos ven la capacidad social como un factor determinante del éxito o el fracaso en el crecimiento. Dicha capacidad puede definirse



Vista aérea al anochecer de autopistas de Los Ángeles, California, Estados Unidos.

como las estructuras de incentivos (por ejemplo, la regulación y la tributación) que influyen en las decisiones de inversión e innovación que permiten a las empresas asimilar eficazmente la tecnología de los líderes (como Estados Unidos) y eliminar la ineficiencia. Mantener esta capacidad social a medida que avanza el desarrollo entraña reformas de instituciones y políticas, como normas para el mercado de capitales y barreras al acceso de nuevos participantes en el mercado, que pueden resultar difíciles desde el punto de vista político. Además, la capacidad social varía con la evolución tecnológica, ya que las instituciones y políticas que funcionaron perfectamente para transferir la tecnología fabril pueden ser insuficientes para difundir avances en materia de información y tecnología en los servicios de mercado.

La innovación es la base del rápido crecimiento de la productividad laboral.

El veloz crecimiento durante la era dorada europea de la década de 1950 y 1960 se benefició de la reconstrucción de posguerra, del desplazamiento de la mano de obra del sector de la agricultura a la industria manufacturera, de la integración económica europea y del capitalismo paciente, es decir, el mayor énfasis puesto en los beneficios reales a largo plazo que en los precios de las acciones al día siguiente. Para fines del siglo XX cada uno de estos factores había desaparecido, o al menos se había atenuado en gran medida. Los acuerdos políticos de posguerra y las estructuras corporativistas que sustentaron la reconstrucción de la economía europea comportaron no solo transferencias sociales mucho mayores, que en definitiva generaron impuestos directos mucho más altos que distorsionaron el comportamiento económico, sino también un legado de fuerte regulación en la mayoría de los países de la Unión Europea.

En los años anteriores a la crisis de 2008, cuando Europa ya no convergía con Estados Unidos, un diagnóstico estadounidense de las razones de esa situación ganó amplia aceptación. Simplemente, se sostenía que Europa sufría las consecuencias de tener muy poca competencia, demasiados impuestos y demasiadas normas, todo lo cual deterioraba la capacidad social. Esta situación no era nueva y podría decirse que era la de muchos países europeos por algún tiempo, lo cual no había impedido (pero quizás había desacelerado) la recuperación. Pero con el arribo de nuevas y revolucionarias tecnologías de la información y la comunicación —cuyo aumento de la productividad dependía de la reestructuración empresarial— la protección del empleo y la regulación del mercado de productos devinieron en obstáculos mayores. No era que la reglamentación en Europa aumentara, sino que la vigente se hizo más costosa. En las economías orientadas a los servicios, fueron aún más decisivos los factores de destrucción creativa, que remplazan a las empresas menos eficientes y las viejas tecnologías por otras nuevas y más eficientes. La presencia de estos factores era más tenue en Europa que Estados Unidos. Gran parte de la brecha de productividad restante, especialmente en el sur europeo, provenía de una asignación de recursos menos eficiente, en particular, de una larga línea sobreviviente de empresas poco productivas.

Pronósticos dispares

Los pronósticos de crecimiento para la UE15 son dispares. La buena noticia es que la productividad sigue creciendo en Estados Unidos, aunque se ha desacelerado, y que el crecimiento convergente aún es posible. En 2014, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos elaboró proyecciones del crecimiento potencial a largo plazo (utilizando un criterio prospectivo que incorporaba un modelo de crecimiento convergente en lugar de extrapolar tendencias recientes) de la productividad laboral y el PIB real per cápita para la UE15 del orden del 1,6% y 1,5% anual, respectivamente, entre 2014 y 2030. Esto es claramente mucho más optimista que la extrapolación hecha por la Comisión Europea de las tendencias recientes.

Sin embargo, la mala noticia es que para conseguir el resultado previsto por la OCDE, se necesitaría una reforma (estructural) importante del lado de la oferta. No es difícil hacer una lista de reformas para lograr dicho resultado, y tanto la OCDE como la Comisión Europea lo han hecho. El fomento de la competencia, la reforma del sistema tributario y la disminución de la reglamentación podrían contribuir mucho, junto con la plena realización de la intención declarada de la Unión Europea de crear un mercado de servicios único, eliminando el costo comercial que implican las diferentes normativas y otros obstáculos al ingreso de proveedores de la UE. Pero una pésima noticia es que las ya considerables dificultades políticas de hacer estas reformas se han complicado incluso más por el creciente populismo y la disminución del apoyo a la economía de mercado en toda Europa. El voto británico para salir de la Unión Europea es un buen ejemplo de ello.

En suma, la desaceleración de la productividad en Estados Unidos es real y precede a la crisis, pero no es necesariamente permanente. El avance tecnológico es fundamental para el crecimiento de la productividad pero, como siempre, es impredecible. Con reformas importantes del lado de la oferta, Europa podría crecer más rápido que Estados Unidos, pero parece improbable en las circunstancias actuales. De hecho, al igual que con las tecnologías de la información y la comunicación, puede que Europa tenga dificultades para aprovechar el potencial de las nuevas tecnologías en un futuro inmediato y quede aún más rezagada con respecto a Estados Unidos. ■

Nicholas Crafts es Profesor de Economía e Historia de la Economía en la Universidad de Warwick.


Referencias:

Conference Board, 2016, *The Conference Board Total Economy Database*, mayo.

Frey, Carl Benedikt, y Michael A. Osborne, 2013, "The Future of Employment: How Susceptible Are Jobs to Computerisation?", inédito, Oxford Martin School, Oxford, Reino Unido.

Havik, Karel, Kieran McMorrow, Fabrice Orlando, Christophe Planas, Rafal Raciborski, Werner Röger, Alessandro Rossi, Anna Thum-Thyssen y Valerie Vandermeulen, 2014, "The Production Function Methodology for Calculating Potential Growth Rates and Output Gaps", *European Economy Economic Papers* 535, Comisión Europea, Bruselas.

Oficina de Presupuesto del Congreso de Estados Unidos, 2016, "An Update to the Budget and Economic Outlook, 2016 to 2026", Washington, DC, agosto, www.cbo.gov/publication/51908.



**El oído nos
puede abrir
una ventana
al mundo**

Escuche en los **PODCASTS** del **FMI**
a las **mentes más brillantes** del
mundo hablar de **economía**
y **desarrollo**.

Disponible en **IME.org/podcasts**
o en su aplicación favorita
de podcast app.